

ACADEMICO DE BUENAS LETRAS

Faustino Gutiérrez-Alviz y Armario

DE Florentino Pérez-Embíd quisiera decir sólo una palabra. Aquello que en nuestro idioma mejor pudiera expresar el sentimiento de gratitud y reconocimiento y, al propio tiempo, armonice en la significación del vocablo la admiración por una obra realizada con amor y desvelo y la ejemplaridad de una conducta.

Y porque no hallo la palabra, pese a la riqueza de nuestro idioma, tal vez por la pobreza de mi vocabulario, tendré que abocetar unas ideas que le evoquen en esta sesión y sirvan de expresión de nuestro común sentir.

No penséis que trato de rendir un homenaje a un amigo fallecido, a un sevillano desaparecido. Los homenajes, en ocasiones, tras la muerte del homenajeado, o son tardíos homenajes o son más bien actos de desagravio por lo que no se supo o quiso hacer en vida de quien lo merecía.

Aún no se ha cumplido un año desde que vino a ocupar un puesto en nuestra Academia. A esta Academia a quien tanto ya había servido con anterioridad a su ingreso. Vino a ocupar un puesto con merecimientos más que sobrados. Quien hizo tanto, en tan poco tiempo, por el lustre y rango de nuestra institución, nos ha dejado cuando también tanto esperábamos de su colaboración.

La muy culta palabra de nuestro compañero el profesor García Díaz, en el discurso de contestación al de ingreso de nuestro llorado Florentino, proyectaba su figura sobre el cielo luminoso de la Sevilla, su bien amada. Todavía parece que resuenan en estos ámbitos las gratitudes por su obra bien hecha y los augurios por futuros quehaceres.

Dios, en su infinita misericordia, escribe en el libro de la Historia con líneas que los mortales en ocasiones no sabemos descifrar. Cómo íbamos a recelar entonces que, cuando nos despedimos con felicitaciones cordiales, tras celebrar en una tarde sevillana su ingreso como académico numerario, nos despedíamos del compañero, apenas posesionado del sillón.

Aunque conocía a Florentino desde los años universitarios y en forma paralela hicimos realidad nuestras vocaciones universitarias, no es ésta ocasión para traer recuerdos del pasado ni para mostrar su decidida y feliz dedicación histórico-universitaria a la que siempre guardó fidelidad ejemplar. Calderón Quijano y Hernández Díaz, aquél en emotivo artículo y éste en conmemoración académica, han puesto de manifiesto los quilates de su talante universitario. Relatar sus méritos docentes, las publicaciones en su especialidad, su pasión por la historia y por el magisterio ante las jóvenes generaciones nos llevaría sobradamente lejos y una síntesis de tan ejemplar labor agotaría vuestra paciencia.

En el curso de sus días otros caminos cruzaron su vía natural y predilecta. El servicio del bien público engendró en él una seria y decisiva vocación política.

Alguien ha ponderado el impacto que la obra de Florentino ha representado en una ideología cultural y política, con la que se podrá estar conforme o disconforme, pero no podrá ser olvidada cuando se haga el estudio serio de estos últimos tiempos. Ello tal vez determinó la que me atrevería a denominar tragedia o angustia de nuestro desaparecido compañero. El amor a su tierra de origen y a su Sevilla de los años juveniles y universitarios, lo quiso compatibilizar con otros ambientes. Con el hervidero y lonja de cosas a veces para él extraña que representa la capital de la vida oficial del Estado, de la que procuraba evadirse como si físicamente precisare del aire y del clima de estas tierras. Ciertamente se complicó la vida por razón de nobles ideales, cuando su ilusión le llevaba a la vida sencilla de las tierras de su Andalucía.

Por eso yo preferiría recordarle esta tarde, más que como académico que honró a la Academia aun antes de serlo, caso singular en la historia de nuestra institución; preferiría recordarle —repito— sirviendo a Sevilla desde Madrid. Mucho hizo Florentino Pérez-Embíd por las Bellas Artes en general, pero, ¡cuánto hizo por las de Sevilla y por Sevilla!

FLORENTINO PEREZ-EMBED

Y lo hizo sin buscar el aplauso de la multitud y declinando en ocasiones el reconocimiento oficial pocas veces tan merecido.

Por ello nos cumple a nosotros, que tuvimos la fortuna de conocerle de cerca y saber los valores de su excepcional merecimiento, dar testimonio de la admiración que le es debida como puente hacia las futuras generaciones.

Yo me permitiría proponer en su recuerdo, abandonando formas rituarías de solemnidades trasnochadas que en vida de nuestro amigo le hubieran movido a socarrona sonrisa, acordar que para el día en que esta Academia pueda ser trasladada a la Casa de los Pinelos, con la dignidad y nobleza que él quiso para los aca-

démicos sevillanos, se haga figurar en lugar de honor una lápida que perpetúe su nombre como autor de la idea y del proyecto de instalación que hoy permanece como sinfonía inconclusa en espera de una terminación amorosa. Y al propio tiempo y para el presente curso instituir con el nombre de Florentino Pérez-Embíd un premio para una tesina o tesis doctoral que de algún modo haya tenido por tema algún aspecto que haga referencia a las Buenas Letras en general o a la historia de Sevilla o de la región andaluza.

(Disertación necrológica de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, 13 de enero de 1976, «Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras», núm. 3, 1975, págs. 134-136.)